

IX

Fuí llamado al servicio el 15 de Octubre de 1895. Cuando se me ordenó sacar número me negué á hacerlo. Los funcionarios me miraron; luego hablaron unos con otros, y me preguntaron, por fin, cuál era el motivo por que no quería sacar la bola.

—Porque no prestaré juramento—respondi—ni cogeré con mis manos un fusil.

Me dijeron que ya se vería eso, que por lo pronto, lo que debía hacer era sacar bola, y me negué nuevamente á ello.

Entonces se dió orden al *estarosta* de nuestro distrito para que sacara la bola por mí.

El *estarosta* saca el número 674. Se me inscribió. El jefe del reclutamiento me hizo comparecer ante él, preguntándome:

—¿Quién te ha enseñado todo eso y por qué no quieres jurar?

Respondo que lo he aprendido por mí mismo leyendo el Evangelio.

—No creo—me dice—que tú hayas podido comprender el Evangelio, porque todo es en él

incomprensible; para comprenderlo, es menester haber estudiado mucho.

Contesté á esto que Cristo no enseñó cosas solamente para sabios, puesto que los hombres más sencillos comprendían bien su doctrina.

Da orden entonces de que un soldado me conduzca á un destacamento. Con el soldado he ido á la cocina, en donde se nos ha dado de comer. Después se me ha vuelto á preguntar por qué no prestaré juramento.

—Porque se lee—he dicho—en el Evangelio: «No jurarás.»

Se admiran; luego me preguntan:

—¿Dice eso, en efecto, en el Evangelio? Toma, búscaló.

Lo he encontrado, y me he puesto á leerlo; todos me escuchaban.

—Aun cuando eso sea verdad— me han dicho—, no es posible, sin embargo, negarse á prestar juramento, porque se podría ser atormentado.

—El que pierda su vida terrestre—he dicho— heredará la vida eterna...

El 20 he sido colocado en las filas con los otros quintos, y se nos ha explicado la regla del servicio.

Les he dicho que no haré nada de lo que me piden. Me han preguntado por qué, y he contestado:

—Porque soy cristiano, y no llevarán armas

mis manos, ni me defenderé contra el enemigo, porque Cristo ordena que se ame á los enemigos.

—¿Acaso eres tú—me han dicho—el único cristiano? Todos lo somos aquí.

—Nada sé de los otros; pero sé por mí mismo que Cristo ha dicho se haga lo que hago.

El jefe ha dicho:

—Si no trabajas, yo haré que te pudras en un calabozo.

Á lo cual he replicado:

—Haced de mí lo que queráis, no serviré...

Hoy, una comisión me ha examinado, y un general ha dicho á los oficiales:

—¿Qué convicción invoca ese jovenzuelo para negarse á servir? ¡Millones de hombres sirven, y él se niega á hacerlo! Azótesele bien, y se verá cómo cambia de idea.—CARTA DE UN ALDEANO REFRACTARIO.

* * *

Olkhorik fué embarcado. En el navío todos hicieron sus devociones; sólo él se negó á rezar. Los soldados preguntáronle por qué, y él lo explicó. En la conversación tomó parte un soldado, Cirilo Sereda. Abrió el Evangelio y se puso á leer el cap. II de Mateo. Después de leer dijo:

—Ahí lo tenéis. Cristo prohíbe el juramento,

los tribunales, la guerra, y entre nosotros hay todo eso, que es bien mirado por nosotros.

Los soldados que le rodeaban notaron que Sereda no llevaba la cruz al cuello, y le preguntaron.

—¿Dónde está tu cruz?

—En mi cofre—dijo.

—¿Por qué no la llevas puesta?

—Porque amo á Cristo, lo cual me impide llevar al cuello el instrumento de su tortura.

Dos cabos entraron en aquel momento y se pusieron á hablar con Sereda.

—¿Por qué has hecho recientemente tus devociones y ahora no llevas tu cruz?—le preguntaron.

—Porque entonces estaba ignorante, no veía la luz, y ahora he comenzado á leer el Evangelio, y he visto que un cristiano no debe hacer todo eso.

—Entonces, ¿harás lo que Olkhorik? ¿no servirás?

—No—respondió Sereda.

Preguntáronle por qué, y dijo:

—Porque soy cristiano, y los cristianos no deben armarse contra los hombres.

Sereda fué detenido, y con Olkhorik deportado á la provincia de Irkutsk, en donde los dos se encuentran actualmente.

El 27 de Enero de 1894 murió de pulmonía, en la enfermería de la cárcel de Voronega, un cierto Drojgin, antiguo maestro de un pueblo de la provincia de Kursk. Su cuerpo fué arrojado á la fosa común de la cárcel, lo mismo que los de los criminales. Y sin embargo, era uno de los hombres más santos, más puros, más justos que hayan podido existir.

En el mes de Agosto de 1891 fué llamado al servicio militar. Pero considerando que todos los hombres somos hermanos, y que la violencia y el asesinato son el mayor pecado, contrario á su conciencia y á la voluntad de Dios, negóse á servir y á empuñar las armas. Reconociendo igualmente que era pecado abdicar su voluntad en provecho de hombres que podían exigir de él actos malos, se negó á prestar juramento. Los hombres cuya vida se basa en la violencia y el asesinato, comenzaron por encerrarle en una celda, en Kharkof, para enviarle en seguida al batallón disciplinario de Voronega, en el cual, durante quince meses, sufrió el hambre, el frío y la reclusión. Por último, cuando á consecuencia de los sufrimientos y de las privaciones, volviöse tísico, fué declarado inútil para el servicio, y se decidió hacerle pasar á la prisión civil, en la que debía sufrir todavía nueve meses de encierro. Pero durante su viaje del batallón á la prisión helaba fuertemente, y los guardianes, por descuido, no le dieron ropa de

abrigo. Además, esperaron largo tiempo en la calle, ante la puerta, y Drojgin contrajo una pulmonía que acababa con él veintidós días después.

La víspera de su muerte, Drojgin dijo al doctor:

—Aun cuando no haya vivido mucho, muero con la conciencia de haber obrado según mis convicciones. Los otros pueden sin duda juzgar de esto mejor que yo... Pero creo que la razón me asiste—concluyó afirmativamente.—(Extracto del libro *Vida y muerte de Drojgin.*)

Revestíos de todas las armas de Dios, á fin de que podáis resistir á los ataques del diablo. No es contra la carne y la sangre contra la que hemos de combatir, sino contra los principios, contra las potencias, contra los soberanos de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus malignos, poderosos en los lugares celestiales. Hé aquí por qué os digo que toméis las armas de Dios, á fin de poder resistir en el mal día, y para que, dominándolo todo, permanezcáis firmes. Sed, pues, firmes, teniendo la verdad por cinturón y revistiéndoos con la coraza de la justicia.—SAN PABLO. (*Epístola á los efesios.*)

—Mas ¿cómo obrar inmediatamente? —se me dirá—. En nuestro país, en Rusia, ahora que los enemigos están sobre nosotros, dando muerte á los nuestros, amenazándonos, ¿cómo debe obrar el soldado, el oficial, el general, el emperador ó el simple individuo? ¿Se puede dejar que los enemigos arrasen nuestros sembrados, se apoderen del producto de los trabajos nuestros, hagan prisioneros y maten á los hijos de nuestro país? ¿Qué hacer ahora que la cosa ha comenzado?

Pero antes de principiar la guerra (quienquiera que sea el que la haya comenzado), lo que ante todo ha comenzado es una vida, y la obra de mi vida nada tiene de común con el reconocimiento de los derechos de los chinos, de los japoneses ó de los rusos sobre Port-Arthur. La obra de mi vida es cumplir la voluntad del que á este mundo me envió. Y yo conozco esta voluntad. Consiste en lo siguiente: debo amar á mi prójimo y servirle. ¿Por qué, pues, según las exigencias temporales, accidentales, insensatas y crueles he de hacer traición á la ley eterna é inmutable de

toda mi vida? Si Dios existe, cuando yo muera (lo que puede ocurrir á cada instante) no me preguntará si defendí Yunan-Po, sus depósitos de maderas, ó Port-Arthur, ó la organización que se llama Estado ruso y que Él no me confió. Pero me preguntará qué hice de la vida que me diera, si la empleé en aquello á que estaba destinada y para lo cual confiada me fué. Me preguntará si cumplí su ley.

De manera que á la pregunta «¿Qué hacer ahora que la guerra ha comenzado?», yo, hombre que comprendo su destino, no puedo dar más respuesta que la siguiente:

En cualquier circunstancia, haya ó no empezado la guerra, aunque miles de japoneses y de rusos mueran ó no y se haya tomado no sólo Port-Arthur, sino San Petersburgo y Moscou, no puedo obrar de otro modo que como Dios lo exige de mí. Y he aquí por qué no puedo directa ni indirectamente, ni con mi ayuda, ni con mi aprobación, ni con la excitación, tomar parte en la guerra; *no puedo, no quiero, no tomaré parte en ella*. Que si será en seguida

ó en breve plazo el que yo cese de hacer lo que es contrario á la voluntad de Dios, cosa es que no sé ni quiero saber. Pero creo que cumpliendo la voluntad de Dios, no puede surgir sino cosa buena para mí y para los otros.

Decís con espanto: «¿Qué sería de nosotros los rusos si dejásemos de luchar y diésemos á los japoneses lo que quieren de nosotros? Pero si es justo que, para salvar á la humanidad del embrutecimiento, de la destrucción mutua, no hay sino el restablecimiento entre los hombres de la verdadera religión, que exige se ame y se sirva al prójimo (no puede haber en esto desacuerdo), entonces cada guerra, cada hora de esta guerra y mi participación en esta guerra, lo que consigue es hacer más difícil y más lejana la realización de la única salvación posible. De manera que, aun colocándose en vuestro punto de vista muy dudoso, aun entonces, ceder á los japoneses todo lo que quieren de los rusos, prescindiendo del bien indiscutible de la cesación del pillaje y del asesinato, sería acercarse al único medio de salvación de la

humanidad, mientras que, con la continuación de la guerra, cualquiera que sea su resultado, nos alejaremos cada vez más de ese único medio salvador.

¿Pero si así es—se me objetará á esto—, no pueden las guerras cesar sino cuando todos los hombres ó la mayor parte de los hombres se hayan negado á tomar parte en ellas?... La negativa de un solo hombre, soldado ó rey, le hará perder su vida en vano, sin utilidad para no importa quién. Si el emperador ruso se negase ahora á continuar la guerra, se le destronaría, tal vez se le matara por librarse de él. Si un hombre ordinario negárase á servir, se le enviaría á un batallón disciplinario, tal vez se le fusilara.

«¿Por qué, pues, sin ninguna utilidad perder su vida, que puede ser útil á la sociedad?» Así suelen decir las gentes que no piensan en el destino de su vida, y por esta razón no la comprenden. Pero de otro modo piensa y razona el hombre que comprende su destino, es decir, el hombre religioso. Este hombre guía su actividad, no con arreglo á las consecuencias imaginarias

de sus actos, sino por la consideración del destino de su vida.

El obrero de fábrica va á tal fábrica y hace en ella el trabajo que le es indicado, sin considerar cuáles serán los resultados de su trabajo. De igual modo obra el soldado que obedece á la voluntad de sus jefes. Y lo mismo hace el hombre religioso que cumple lo que Dios le ha prescrito, sin discutir lo que saldrá de su trabajo. He aquí por qué el hombre religioso no se pregunta si pocas ó muchas personas obran como él y lo que puede ocurrirle si hace lo que debe hacer. Sabe que, salvo la vida ó la muerte, nada subsistirá, y que una y otra están en manos de Dios, á quien obedece.

El hombre religioso obra de esta suerte y no de otra manera, no porque quiera obrar así ó porque sea esto ventajoso para él ó para los otros, sino porque, creyendo que su vida depende de la voluntad de Dios, no puede obrar de distinto modo.

En esto consiste el carácter particular de la actividad del hombre religioso. Y he aquí por qué los hombres no pueden esca-

par á las calamidades que se crean ellos mismos sino en la medida en que se guían en esta vida, no por las ventajas, no por los razonamientos, sino por la conciencia religiosa.
